

Entrevista completa en Agenda Viva a Félix Rodrigo Mora. Estudiosos del mundo rural

Usted afirma en su libro *Naturaleza, ruralidad y civilización* que el mundo tradicional rural ha muerto, e incluso fija su fecha definitiva en el año 1986, con la entrada en la Unión Europea. ¿Quién o qué ha sido responsable para usted de esta operación de defunción?

Al situar en 1986 el final de la sociedad rural popular tradicional en nuestro país, lo que pretendo es dar una fecha que resalte, pero el asunto es más complejo. Tal año es el de la entrada de España en la Unión Europea que, desde su creación, en 1958, ha adoptado una posición hostil hacia el mundo rural, logrando, en la actualidad, su práctica aniquilación.

Nuestra sociedad agraria popular se constituye en la Alta Edad Media, en los siglos VIII-IX en el norte de la península Ibérica, gracias al sincretismo de los estilos de vida de los pueblos libres del norte (astures, cántabros y vascones) con la cosmovisión cristiana más genuina, siendo el monacato hispano, tan innovador, el que da origen a esa fusión, que se manifiesta en la obra de Beato de Liébana, *Comentarios al Apocalipsis de San Juan*, del año 776. Dicha formación social es una ruptura con el mundo romano-visigodo precedente, y también con el islámico andalusí del sur, jerárquico y militarizado, urbano y anti-rural. Esta nueva sociedad, a la que se puede calificar de concejil, consuetudinaria y comunal con monarquía, y que, por ende, es agraria y aldeana, va a conocer su cenit en los siglos X-XI para decaer después. Sufre, en realidad, tres grandes crisis: en los siglos XIII-XIV; la que resulta del “absolutismo” (pensemos en el *Informe de Ley Agraria* de Jovellanos, de 1795) y su heredero el liberalismo, en los siglos XVIII y XIX y, finalmente, la crisis de liquidación. Ésta se divide en dos períodos, el de los años 1955-70, bajo el régimen franquista, cuando unos cinco millones de personas abandonan las áreas rurales para ir a las ciudades y zonas industriales, y la que padece, ya en su fase de agonía, con la aplicación de la aciaga Política Agraria Común (PAC) de la UE, cuando la actual “democracia” nos integra en ésta en 1986. Es, por tanto, una singular formación social que ha existido unos 1.200 años. El patético mundo agrario actual es otra realidad diferente, por su dependencia de las instituciones, monetización, grado colosal de aculturación e insignificancia numérica.

¿Puede explicarnos un poco más por qué es aciaga la PAC para el mundo rural?

Hay varias razones. Pone el dinero en el centro y hace que todo gire en torno a él. Pero como es sabido el dinero es negativo, es corruptor, y debe ser desdeñado, minimizado, en todo orden social bien constituido. Al privilegiar la función del dinero se corroe la esencia misma de la sociedad rural popular tradicional, que es la convivencia afectuosa entre sus miembros, pues el numerario —al respecto los hechos son esclarecedores— es siempre hobessiano, hace que el ser humano sea lobo para el ser humano. En segundo lugar, la PAC hace del Estado (en este caso la unión de Estados que es la UE) el centro

de la vida rural, de manera que esa función ya no es cumplida por la comunidad rural misma, que pierde así su autonomía, su soberanía, su libertad de antaño. Una tercera causa es que la monetización de lo rural fomenta el mercado, el endeudamiento con la banca, la maquinización, el monocultivo, la explotación despiadada de los recursos naturales y con ello la erosión y la desertificación, que han crecido en flecha desde la instauración de la PAC en nuestros campos. Además la PAC es una política pensada en las ciudades, en Bruselas, por gente que no es del mundo agrario y que no está legitimada para organizar la vida de la ruralidad; por tanto, es una imposición de la ciudad al campo, funesta para éste. A menudo se “denuncia” a la PAC por subsidiar de manera “insuficiente” a la agricultura, pero ello refleja un enfoque equivocado, dado que es perversa en sí misma, con independencia de sus aspectos cuantitativos.

En su libro va usted repasando ideas y opiniones muy enraizadas en nuestra sociedad, que habrían servido para ocultarnos la verdad. Una de estas nociones es la idea comúnmente aceptada de que la Edad Media fue una época oscura y atrasada. Sus investigaciones le llevan a afirmar todo lo contrario...

Sobre la Alta Edad Media hay prejuicios fortísimos. Es una época que ha sido satanizada, no hay más que hojear los manuales escolares, tan adoctrinadores. Pero es en los siglos VIII-IX cuando se forma la cultura occidental como realidad diferenciada, lo que reconoce incluso un autor como S. P. Huntington. La historiografía liberal y progresista necesita justificar los orígenes del actual orden político con un mito redentorista, que el régimen constitucional (en nuestro caso inaugurado por la constitución de 1812, decididamente antirrural) nos salva del “feudalismo”, si bien no logra ponerse de acuerdo en qué cosa pueda ser el tan denostado “feudalismo”, pues sobre él hay tantas opiniones como autores. La primera Edad Media fue un período histórico muy creativo, en el que se pone fin al mundo antiguo (desaparece prácticamente la esclavitud, por ejemplo). Su ideología guía es el cristianismo. Precisamente en Hispania hubo un monacato de carácter revolucionario, que realiza innovaciones sorprendentes, como el pacto monástico, o los monasterios familiares y dúplices, con comunidad de bienes, prevalencia de la asamblea, cosmovisión del amor, derechos del individuo, dignificación de la mujer, centralidad de lo espiritual, y otras. De ahí resultan las características de nuestra sociedad rural popular tradicional: el concejo abierto, los comunales, los sistemas de ayuda mutua, la soberanía y autonomía del municipio, la convivencialidad como bien supremo, los fueros municipales y cartas de población, la autonomía cultural de la rural gente (mi libro dedica a esto un capítulo, que ha tenido una muy buena acogida entre los lectores) y otras realidades no menos memorables. Tal interpretación no es nueva. Autores tan destacados de los siglos XIX y comienzos del XX como Francisco Martínez Marina (autor de la obra fundamental *Teoría de las Cortes*), Rafael Altamira o Antonio Sacristán y Martínez exponen un punto de vista con el que coincido en bastantes cuestiones. Pero la historiografía actual se niega a admitir tal enfoque, aferrada a interpretaciones infundamentadas pero políticamente útiles para el régimen “democrático” en vigor. Por ello estoy trabajando en una obra sobre este asunto, de título *Revolución en la Alta Edad Media hispana*, con la esperanza de ayudar a esclarecer tan decisivas materias.

Cuando uno se aproxima con cierto detalle al mundo rural, especialmente al que existía en la Edad Media, se va descubriendo que era un modelo de sociedad en equilibrio con el medio natural, con un gran sentido de su responsabilidad y eficiente en el uso de sus recursos. Además su cultura era inseparable de la

naturaleza al ser capaz de crear un arte y un lenguaje de sentido cosmológico. ¿Es posible que este mundo rural tradicional, sea el modelo más eficiente para los que teorizan en busca de soluciones para una sociedad sostenible?

Nuestros conocimientos concretos sobre la agricultura en la Edad Media son escasos, pues quedan muy pocos textos que hagan referencia a ello. Sabemos que el laboreo ocupaba espacios limitados, que el monte alto y el pastizal eran de enorme importancia, así como la recolección de frutos (bellotas, castañas, etc.) y hierbas silvestres, lo mismo que los productos ganaderos, además de la caza y pesca. Desde luego era una sociedad amorosamente fusionada con la naturaleza y la prueba de ello es que hasta el siglo XVI, con las grandes roturaciones ordenadas por Felipe II —pero reprobadas por las cortes de Castilla— para financiar su lunática política imperialista, la relación entre los cultivos y el medio natural intocado no comienza a desequilibrarse.

Tal tendencia se amplía en el siglo XVIII con la política cerealizadora ilustrada (ha de recordarse que el texto de Jovellanos, de 1795, *Informe de Ley Agraria* es muy destructivo para el mundo rural popular) y con la entrega, a punta de bayoneta, de los mejores bosques comunales a la marina de guerra. La revolución liberal y constitucional empeora aun más las cosas con los diversos episodios de la desamortización civil, especialmente con la ley de 1855, asunto que es tratado en un capítulo de mi libro.

Ciertamente para alcanzar en el futuro una relación satisfactoria entre el ser humano y el medio natural hay mucho que aprender del Medioevo (siglos VIII a la primera mitad del XIII) pero, con todo, el pasado sólo puede servirnos como fuente de ideas más que como modelo, pues hay que partir de las realidades presentes y futuras y encontrar en su análisis la solución a los problemas de nuestra época que son específicos e irrepetibles.

¿Qué ideas rescataría usted como inspiradoras de la tradición rural?

La primera y más importante de todas es la deconvivencia, la de vida colectiva y hermanada, compartiéndolo todo y ayudándose sin mandantes ni mandados, ordenando la vida social en el concejo abierto, la asamblea vecinal tradicional, sin conflictos por causa de lo “tuyo” y lo “mío”, como se manifiesta en la decisiva presencia de los bienes comunales en la sociedad popular rural tradicional que abarcaban no sólo la gran mayoría de las tierras sino también hornos, molinos, fraguas, lagares, etc. Por tanto la convivencialidad era en efecto una idea y, al mismo tiempo, mucho más que una idea, pues resultaba de la estructura misma de aquel orden social. Una segunda noción es la de primacía de lo inmaterial sobre lo material, estado de ánimo que otorgaba a aquellas gentes una libertad hoy imposible de concebir, al vivir para lo superior considerando lo material como un complemento que había que minimizar tanto como fuera posible. En tercer lugar era aquella una sociedad de la alegría, ante todo de la alegría de quererse, apreciarse, estar juntos y ayudarse. La situación es hoy muy diferente; debido al egocentrismo e insociabilidad dominantes, vivimos en Tristania y jamás alcanzamos el grado de efervescencia emocional y satisfacción vivencial que aquellas gentes tenían de manera habitual.

Su respuesta sobre el campesino tradicional dibuja un hombre con un grado de discernimiento entre lo importante y lo secundario y entre lo esencial y lo circunstancial realmente en vías de extinción. Esto me recuerda otras formas de extinción, como la de la fauna y la flora actualmente protegidas. ¿Qué le parece a

usted la propuesta de que todo el esfuerzo de conservación de la naturaleza debería pasar por ponerla en manos de los campesinos, y que técnicos medioambientales y ecologistas deberían ir desapareciendo?

En mi libro además de señalar los aspectos positivos de la sociedad rural tradicional, expongo también lo que creo son sus debilidades y errores. Éstos ya se manifiestan en el momento de su constitución y se hacen particularmente llamativos en el siglo XIII (como es dado observar en alguna iglesia románica castellana de esa centuria, por ejemplo, la de la aldea segoviana de Santa Marta del Cerro). En los momentos críticos en que el liberalismo está llevando adelante una política de exterminio de la sociedad rural popular, la respuesta de ésta no es ni mucho menos la más apropiada. Si nos referimos a la situación actual, las cosas están mucho peor, pues ya no queda apenas nada de aquella formación social. En consecuencia, si bien en el sentido formal es apropiado sostener que la conservación de la naturaleza ha de quedar en manos de la rural gente y no de expertos de un tipo u otro, en un sentido más profundo se ha de considerar que el campesinado actual, que es en todos los sentidos residual, necesita autotransformarse de manera radical para ponerse en condiciones de gobernar el medio natural. Sin duda, tampoco la multitud urbana está a la altura de esa tarea, ni la clase media, ni la intelectualidad (hoy más acrítica y conformista que nunca). Tampoco deben hacerlo las instituciones, pues no es una solución democrática. Dicho de otro modo: ningún grupo social, ni ningún individuo, estamos a la altura de las exigencias de nuestro siglo, lo que explica bien el torbellino de caos, despotismo y maldad en que nos estamos sumergiendo sin que se logren atisbar ni soluciones ni agentes transformadores.

Para la mentalidad política, científica y cultural moderna, el hombre, dice usted, es reducido a individuo zoológico, donde las concepciones de carácter inmaterial son desdeñadas o banalizadas. ¿El movimiento ecologista es para usted cómplice de esta visión o, por el contrario, demuestra unos presupuestos más profundos hacia la vida y el hombre?

Mi punto de vista sobre el movimiento ecologista, en un momento en que ya es puramente institucional (sobre todo, tras la llegada al gobierno de EE.UU. de B. Obama), tiene elementos bastante críticos, pero deseo desarrollarlos de una manera amigable, constructiva. Como digo, pasaron los tiempos en que el ecologismo era una forma de inconformismo. Hoy no lo es, una prueba de ello está en que el gobierno español, en 2004-2008, ha gastado en el fomento de las energías renovables, sólo en la forma de inversiones directas, 28.600 millones de euros, generalizando los parques eólicos, que están ocasionando no pocas movilizaciones populares en su contra. Dicho esto, entro en materia. El ser humano es mucho más que una criatura de la naturaleza, mucho más que una realidad zoológica. Por tanto, además de la aspiración a un medioambiente saludable posee unas necesidades espirituales que han de ser satisfechas: necesidad de libertad, verdad, trascendencia, amor, belleza, virtud, sociabilidad, sublimidad. El ecologismo, aferrado al enfoque decimonónico progresista sobre lo humano como simple realidad fisiológica que se satisface y agota en lo somático, es una variante más de inespiritualidad, la ideología oficial desde el triunfo de la modernidad. Para él un libro decisivo, como por ejemplo *El hombre y la verdad*, de X. Zubiri, carece de sentido, pues el ecologismo niega de hecho que la verdad sea no sólo una necesidad acuciante, al mismo nivel que “los alimentos sanos”, sino lo que nos permite hacernos humanos. De todo ello resulta un olvido colosal de lo espiritual y trascendente, que está llevando a la liquidación de la esencia concreta humana tanto

como de los factores de la civilización. Eso es también una de las causas de la institucionalización de dicho movimiento. Todo esto, da pena decirlo, es regresivo, ya que si Juvenal demandó «una mente sana en un cuerpo sano», hoy nos contentamos con la aspiración a la salud fisiológica, y punto. Hemos ido, pues, hacia atrás en vez de hacia adelante. Ello es una prueba de lo miserable y horrible, a fuerza de retrógrada, que es nuestra época.

¿Vivimos en un mundo tan aciago? ¿Cree entonces que nos encontramos en una crisis de civilización? No parece que la sociedad piense que vivamos en un mundo tan devaluado.

Por desgracia, en la “sociedad del conocimiento y la información” no se respeta la libertad de conciencia de las personas y los colectivos, pues el aleccionamiento lo es todo, de manera que, al no darse un verdadero pluralismo, las opiniones de la mayoría son la mera repetición de las ideas oficialistas. Así que la reivindicación de la libertad de conciencia es una de las demandas más importantes de nuestro tiempo. Pero una sociedad sin libertad de conciencia no puede ser considerada libre en ningún otro sentido, ni en lo político ni en lo civil. De modo que nuestra época conoce una colosal crisis de la libertad, como nunca se ha dado en las formaciones sociales pretéritas. Sin libertad no puede hablarse de civilización pues ésta es la suma de saberes, relaciones y hábitos autocreados. Donde no hay civilización triunfa la barbarie, que es lo que hoy vemos y experimentamos por doquier, la inducida apoteosis de lo incivilizado, soez y bárbarico en todas sus manifestaciones. Sin libertad y sin civilización, la esencia concreta humana se está desintegrando, literalmente. Por tanto asistimos a dos grandes crisis paralelas, la que atañe a la naturaleza y a sus recursos, devastados inmisericordemente, y la que se refiere a lo específicamente humano, social, convivencial, espiritual e incluso ontológico, no menos triturado por los sistemas de dominio hoy activos ¿Podremos hacer frente con algún éxito a esta doble crisis, de la que depende de forma literal el futuro de la humanidad? No lo sé, pero sí sé que podemos resistir y luchar ya ahora. La victoria no depende de nosotros, pero el compromiso, el esfuerzo desinteresado y la lucha, sí.

Entiendo, siguiendo su respuesta, que existe una tendencia al empobrecimiento del juicio, lo que usted denomina la práctica “oficialista” de la conciencia personal. Pero no estoy tan seguro de la importancia que da a la libertad de conciencia en la generación de civilización. Como toda conversación ha de navegar por los perfiles complejos del lenguaje, tal vez nos ayudaría el saber un poco más sobre lo que usted entiende realmente por libertad, pues, sin duda, su afirmación anterior desconcertará a quienes piensan que en nuestra sociedad se habla y se opina sin restricciones...

Hoy, cualquiera que disienta cualitativamente de lo instituido, si no quiere padecer un estado extremo de marginación social y exilio interior, tiene que practicar la autocensura. Antaño, bajo el franquismo, se prohibía la libre expresión; hoy no se prohíbe pero se impide, con la particularidad de que impedir es la forma más eficaz de prohibir. La libertad más fundamental es la de formar el propio sistema de ideas de manera autónoma. Si el acto de la ideación no es libre, entonces no hay libertad real ni de expresión, ni política, ni civil. Ahora, en “la sociedad del conocimiento y la información” la formación de las ideas en el interior de la mente individual se hace por imposición, de manera que lo que se expresa no es el resultado de un acto mental autodeterminado, sino que viene a ser la mera repetición de lo que el sujeto está, de

hecho, forzado a absorber porque le llega desde arriba. Pensemos en la publicidad comercial, por ejemplo, que forma no solo las opiniones sino las más íntimas emociones y voliciones del sujeto medio con sus consignas y lemas incesantemente repetidos; pues bien, una sociedad entregada a la tiranía de la publicidad comercial es una sociedad sin libertad de conciencia, por tanto sin libertad en lo que más importa. Además está la publicidad política, escolar, académica, estética y otras muchas. En la sociedad rural popular tradicional, como expongo en mi libro *La democracia y el triunfo del estado*, aún inédito, el tiempo medio de aleccionamiento del sujeto era de unos veinte minutos diarios, hoy abarca casi todo el tiempo de vigilia. Pero no soy el único que tiene una apreciación negativa del grado de libertad de las sociedades de la modernidad; por ejemplo H. Marcuse, ya hace bastante que las tildó de “no-libres”. Desde posiciones más institucionales el politólogo N. Bobbio tiene la honradez de admitir que nuestras sociedades, lejos de ser libres, han creado un tipo de ser humano que huye de la libertad, lo que sucede, como él dice, por primera vez en la historia de la humanidad. Ello da idea de lo grave que es la situación. Por tanto la libertad es un gran bien inmaterial que está por conquistar y realizar. En resumidas cuentas, sin libertad de conciencia no puede hablarse de libertad de expresión, pero la libertad de conciencia resulta de la extinción de todos los sistemas de publicidad, propaganda y aleccionamiento a fin de que todas las ideas, y digo todas, puedan llegar al individuo en igualdad de condiciones, de manera que éste pueda formar su vida interior sin imposiciones directas y manipulaciones indirectas.

En un mundo dominado por el comercio, parece que es lógico que las personas se devalúen al estatus de clientes. Y para ser clientes es preciso un ejercicio de contención, autocensura y servilismo. Ya que cita usted a Marcuse, este pensador consideraba que, hoy por hoy, era imposible la transformación de nuestra sociedad hacia unas metas de mayor felicidad y libertad. Usted, en esta indagación de posibles escenarios para recuperar una calidad humana a la altura de nuestras potencialidades, habla del desmantelamiento de las ciudades. Una idea que puede parecer incomprensible a cualquier urbanita moderno. ¿Nos puede explicar un poco por qué le parece tan necesario este cierre de las ciudades y si lo estima una medida viable?

En primer lugar diré que dentro de mis metas está la libertad pero no la felicidad. No aspiro a ella, no la busco y no la considero objetivo deseable de la vida humana individual o de la sociedad. Creo que los fines verdaderamente humanizantes son, además de la libertad, la verdad, el bien moral, la longanimidad y la virtud. Ello me aparta de Marcuse y de los demás ideólogos de los años sesenta del siglo XX. Hoy la crítica de la ciudad está en muchos textos y en muchas cabezas, el mito de la urbe como espacio donde se realiza el progreso se ha desplomado, y cada vez más gente ve la ciudad como lo que es, un lugar hórrido e invivible. Mi propuesta no es el cierre de las ciudades sino la comprensión de que la ciudad no es compatible con la vida buena, humana, colectiva, virtuosa. Por ahora basta con esto. No deseo una erradicación autoritaria de la ciudad sino la conquista de la libertad de elegir entre la vida urbana y la ruralidad poniendo fin a la imposición institucional de la primera. Lograda esa libertad, estoy seguro de que la inmensa mayoría abandonaría las megalópolis, pero ello ha de hacerse siempre de manera consciente, deseada y voluntaria. Creo que los seres humanos no deben limitarse a propugnar o defender lo que es viable o hacedero, sino lo que está de acuerdo con la verdad y con el bien, por muy imposible que parezca por el momento. No soy pragmático, no busco soluciones aquí y ahora, pienso más bien en lo

que es apropiado y espero que ello se realice alguna vez en el futuro, por lejano que éste sea, por siglos que transcurran. Las soluciones dentro del orden constituido no son soluciones y al pensarlas y desearlas nos degradamos, dado que admitimos su lógica y la interiorizamos.

Debemos situarnos fuera y más allá de esa lógica y defender lo que es apropiado sin preocuparnos de si es hacedero. Por lo demás, el tiempo dirá. Las ciudades del Imperio Romano ya manifestaban signos de decrepitud en el siglo I pero solo a partir del siglo III fueron desintegrándose, muchas desaparecieron y las pocas que sobrevivieron quedaron reducidas a la condición de aldeas. Tenemos que tener valor para pensar en lo que es conforme a la verdad y al bien moral, sea o no realizable hoy.

Entrevista realizada por [Dionisio Romero](#)